

# El sexto parto

Categoría A

QUERIDO GINÉS, si estás leyendo esta carta es porque ya no estoy. Porque ha llegado el momento en el que la naturaleza me ha recogido en su seno y ya descanso. Al fin. Porque lo que es descansar en vida, la verdad es que lo eché en falta.

Si he escondido esta carta en la mesilla, a la espera de que tras mi deceso te llegue, no es sino por expiar un pecado de silencio que, desde hace muchos años, he albergado en mi interior, sintiendo como la gangrena de la culpa me iba consumiendo poco a poco. Qué quieres que te diga, incluso estoy convencida de que este cáncer que me va devorando bocado a bocado, desde lo más profundo de mí, tiene mucho que ver con el secreto que no ha asomado la luz hasta hoy, cuando termines de leer esta carta. ¿Podía haberlo revelado antes? ¿Haberte contado la verdad y sacar a la luz mi gran secreto? Puede ser. Quizá debiera haberlo hecho. Pero soy como el perro apaleado que cuando ve alzar la mano a su amo se encorva y emite gañidos sin haber recibido aún el golpe. Tenía miedo y, además, haber confesado la verdad hubiera hecho que tu padre me hubiera matado. Casi lo consigue en más de una ocasión; se me antoja paradójico que lo que me haya llevado al otro lado haya sido un cáncer, cuando creí en infinidad de ocasiones que sería alguna de las palizas de tu padre, la que me llevaría precipitadamente a engrosar el censo del camposanto.

Tras el nacimiento de tu hermano Pablo, mi quinto hijo, el médico me lo advirtió; de seguir así el siguiente parto sería el último. El útero me fondeaba sobremanera y los desgarros de los alumbramientos previos habían resultado tan devastadores, que un sexto parto, además de peligroso, sería definitivo para mi

fertilidad. Incluso se valoró la posibilidad de «vaciar» tras el nacimiento de Pablo, pero tu padre estaba ofuscado con que tuviéramos una niña, quería una hija. Y, aunque a mí me aterraba la posibilidad de quedarme embarazada una vez más y que las premoniciones del médico del pueblo se confirmasen, cuatro meses después del nacimiento de mi quinto varón ya iniciaba la gestación de mi sexto embarazo, el último, el definitivo, el que debía, sí o sí, sumar una «hembra», como decía tu padre, a la saga de varones que hasta ese momento había concedido como estirpe a mi esposo.

El único alivio que suponían para mí los embarazos era que, al menos durante el tiempo de gestación, las palizas de tu padre se reducían a algún bofetón aislado si la sopa estaba fría o la camisa de misa mal planchada, o un pellizco en los pezones sin no me estaba comportando en la cama como debía o un orgasmo especialmente plácido, le hacía sospechar que estaba buscando el placer propio con mayor ahínco que el suyo.

Además, en aquel sexto embarazo, tu padre estaba convencido de que le concedería la hija que tanto anhelaba, por lo que apenas me puso la mano encima en los seis primeros meses de embarazo y nunca en los tres últimos; «*no vaya a ser que la moza le saliera con tara*», que decía.

Por las noches, cuando me metía en la cama tras escuchar sus ronquidos y comprender que el dormitorio había dejado de ser territorio hostil, imaginaba como sería su vida, si finalmente alumbraba una niña.

Porque tu padre no deseaba tener una hija para hacerle coletas, jugar con ella, aconsejarla sobre el amor prepuberal o hacer de ella una futura mujer independiente y orgullosa. No, si tu padre ansiaba con todo su ser tener una hija, era por contar con una sucesora de su esposa; para tener quien le limpiase la casa cuando mis lumbares dijeran basta, quien le cocinase si en alguna paliza se le iba la mano y me dejaba postrada en la cama durante días —como ya había ocurrido en más de una ocasión— y, sobre todo, para que lo cuidase cuando fuera un anciano. Precisaba de alguien que, cuando la senectud se le echase encima, le ayudara a ducharse, le limpiara su culo descolgado y le llevara la cuchara a la boca. Toda vez era consciente de que, educados en un machismo atávico y aborrecible, sabía que ninguno de tus hermanos haría lo que él imaginaba que sí aceptaría una hija.

Por aquellos años, hasta el momento del alumbramiento no se conocía el sexo del bebé. Y, aun así, convencido como estaba de que tendría una niña, me obligaba a tejer vestiditos y pequeñas faldas para su futura hija. Incluso había decretado que se llamaría Almudena, como su madre, tu abuela, que en paz descansa. Otra que no alcanzó la placidez hasta que reposó en la tumba junto al marido que, en vida, hizo de su existencia un tormento. Para él no existía la posibilidad de que su sexto vástago también fuera un varón, que aliviara sus labores agrarias, a las que había condenado a todos tus hermanos, pero que le dejaría sin su objeto de deseo más ansiado... su Almudena, su hija. Y yo sentía un terror como no puede explicarse, con tan solo imaginar que lo que estuviera creciendo en mi interior volviera a contar con los cromosomas XY, que me habían acechado durante toda mi edad fértil. Ya con el quinto parto, el de tu hermano Pablo, su furia y la consecuencia de las mismas se habían intensificado de tal manera, que los riesgos de un sexto embarazo que había vaticinado el médico del pueblo, se convertían en una quimera, convencida como estaba de que acabaría antes conmigo. Quiso el destino empero, que quedara encinta de nuevo y con ese último embarazo se abría de nuevo la posibilidad de que una niña llegara a su hogar. Era mi última oportunidad. ¡La última! Lo sabía. Me lo repetía con los dientes apretados cada vez que me acostaba a su lado y barruntaba la posibilidad de juntar media docena de pequeños machos a su alrededor, sin una hija que le diera abrazos, le llevara las zapatillas al salón y se levantara a cambiar el canal de la Uno a UHF.

El día que sentí que un líquido viscoso se deslizaba por mis piernas sin la profusión de los partos anteriores, tu padre me mandó al convento de Clarisas donde parían las que tenían complicaciones o billetes con los que cubrir los gastos del parto. Me llevó un vecino jubilado del pueblo, pues tu padre se escudó en que no tenía tiempo como para perder un día entero; que ya le avisaríamos cuando Almudena naciera. Al parecer, en lugar de romper aguas, la bolsa solo se había rasgado y el parto podía retrasarse horas e incluso un par de días. Así que allí me vi, abandonada en el convento, donde las hermanas me miraban con ese gesto, entre compasivo y afligido, de quien conoce los

padecimientos de otro, pero poco puede hacer salvo conseguir que la breve estancia en sus dependencias sea lo más plácida posible.

Para lo que sucedió de forma ulterior fue fundamental que tu alumbramiento se diera en el convento, pues de haber parido en casa, como era costumbre en el pueblo, nada de lo que ocurrió posteriormente hubiera sido posible.

Cuando llevaba casi medio día en el convento, entre paseos que aumentarían el rasgado de la bolsa y contracciones que me doblaban de dolor, pero cuya frecuencia era tan distante que nada parecía indicar que el parto fuera a darse en breve, llegó una nueva embarazada a la que ubicaron en mi misma habitación, que era la que empleaban para los partos en el convento. Se trataba de poco más que una muchacha. Qué tendría, no sé, puede que trece o catorce años. Hija de una familia pudiente de la capital, el embarazo —obviamente no deseado— había hecho que su familia la ocultase hasta dar a luz. Y los caprichos del azar, hicieron que ambas coincidiéramos en la misma situación en el mismo lugar, pero con situaciones completamente dispares. Según me dijo Inés, que así se llamaba, en el momento en que alumbrase a su hijo, lo llevarían a casa y dirían que se trataba del bebé de una sobrina del pueblo, que no pudiendo mantener a la criatura, les había cedido su crianza para que no viviera las penurias que asolaban a los nacidos en la humildad del mundo rural. Yo, desolada como estaba, le narré mi historia, los deseos de mi marido y, sobre todo, mis miedos, que no eran pocos y no por mí misma.

Cuando nacieron las dos criaturas, tras un coro de gritos, derrames de líquido amniótico y sangre, llegaron al mundo un niño y una niña, con un intervalo de apenas tres minutos. Tú, querido Ginés, lo hiciste el primero y después nació Alba; lo significativo fue el hecho de que tu naciste del vientre de aquella poco más que niña de familia bien y la niña nació entre mis piernas.

¿Qué vida le hubiera esperado a aquella niña si la hubiera traído a casa?

¿Cuán grande hubiera sido la tortura de vivir con un padre y unos hermanos que no la respetarían y solo verían en ella una criada a la que poder maltratar?

Ni siquiera fue idea mía. Tras hablar Inés en susurros con una de las hermanas que habían asistido nuestros partos, te recogieron de sus brazos y te pusieron en mi pecho, llevando a mi pequeña a los suyos. Puede que te parezca cruel, pero fue lo que tenía que hacer, lo que debía hacer por ella.

Por eso el color de tus ojos verdes, en lugar de pardos, como los de tu padre y todos tus hermanos. Por eso tu delicadeza natural, en un hogar donde la brutalidad es canon. Y por eso, sobre todo por eso, es esta confesión tardía y estas disculpas, aún más postreras.

Te he querido como si te hubiese parido, puede que seas al que más he amado de los seis. Pero te debo un último acto de expiación, el que acordé con aquella niña el día en que ambas metamorfoseamos el futuro de nuestros dos bebés.

Junto a esta carta está el nombre de esa joven y la ciudad de donde procede.

Si crees que debes hacerlo, visítala y dile que eres mi hijo. Ella sabrá recibirte y abrazarte, antes de sentarse con su hija y contarle cómo la decisión súbita de dos recién paridas la salvaron, por más que eso condicionara tu futuro.

Y, por favor, por lo que más quieras, no me olvides nunca, ni dejes de recordar que te he querido hasta el último de mis días.

Simplemente, tenía que salvarla.